

JUAN CARLOS SAAVEDRA

ECHEYDE
LA **PUERTA** DEL
INFIERNO


BILENIO
publicaciones

LA CONEXIÓN CON EL MAGEC

Anaga, hace miles de años.

Aún no había amanecido. A pesar de la oscuridad, la luz de la luna permitía caminar sin miedo por las estrechas veredas que sorteaban el camino hacia la cima de la montaña.

La comitiva iba encabezada por un viejo de pelo blanco que se apoyaba en un bastón de madera tallado. Su cuello estaba adornado con un collar hecho de hojas de viñátigo. Tras él, tres ancianos seguían sus pasos cansados, llevando en sus manos un recipiente de barro, lleno de leche fresca recién ordeñada, del ganado sagrado de las sacerdotisas del pueblo guanche.

A lo lejos varios perros negros observaban la escena. Sus ojos, inyectados en sangre, seguían el lento caminar humano hacia la ya cercana cumbre. Sabían que no podían acercarse más. Los cuatro hombres eran muy poderosos y no les tenían miedo. Los espectrales animales, en el momento en que los cancos llegaron a

su destino, empezaron poco a poco a desvanecerse, haciéndose cada vez más translúcidos hasta confundirse con las rocas volcánicas del entorno.

Desde lo alto de la montaña se divisaba el amplio horizonte del océano Atlántico. Los ancianos se pararon frente al precipicio que se habría a sus pies y observaron las oscuras nubes que cubrían toda la isla.

La oscuridad duraba demasiado. A lo largo de la última luna, muchos de los habitantes de la zona habían avistado, cerca de los lugares sagrados, seres demoníacos. El ganado no daba leche, las cosechas no germinaban y hasta los barrancos estaban más secos que otras veces. Se avecinaba el triunfo de lo oscuro, alguien había abierto las Puertas del Infierno. El único que podía restaurar el orden era el dios Achamán. Por esa razón, los cuatro cancos más poderosos de la isla se habían unido para invocarlo y pedir su gracia divina.

En cuanto llegó la hora a la que el sol debía nacer tras el horizonte, los sacerdotes se pusieron de rodillas y alzaron sus gánigos de barro hacia el astro rey. Los ancianos bebieron, ofrecieron de nuevo su contenido a la divinidad y rompieron contra el suelo los recipientes que, con tanto celo, habían transportado desde su aldea. El pacto con Achamán estaba sellado, ahora le tocaba al poderoso protector del pueblo guanche cumplir su parte: cerrar las Puertas del Infierno.

UN NUEVO COMIENZO

–¡Buenos días!

–¡Buenos días, don Fernando! –respondió al unísono toda la clase, con la alegría del estudiante que sabe que en pocos días llegarán las vacaciones de Semana Santa.

–A pesar de que las clases hace meses que empezaron –continuó hablando el profesor– hoy se incorpora un alumno nuevo. Se llama Miguel y viene de Madrid.

En ese momento, los alumnos miraron con curiosidad al chico corpulento, blanco como una hoja de papel y de ojos verdes que estaba al lado del maestro.

Una vez hecha la presentación, Miguel Robledo caminó hacia el fondo de la clase, se sentó en una de las pocas sillas libres del aula y, al igual que sus nuevos compañeros, centró su atención en el profesor, que acababa de escribir en la pizarra «Trabajo de Semana Santa».

–Cada grupo tiene ya asignada su tarea y sabe como hacerla. Ahora sólo falta buscar un equipo de trabajo para Miguel. En el grupo de Helena con h solo hay tres personas –comentó mirando un cuadrante que tenía delante– ¿Puede estar con ustedes?

Toda la clase se volvió hacia la mencionada Helena con h. A Miguel le resultó curiosa esa forma de referirse a una alumna por parte del profesor. Al final del día se enteraría de que en su nueva aula había dos personas con el nombre de Elena, uno escrito sin h y otro escrito con una h inicial.

La aludida, una chica morena, con el pelo completamente rizado, vestida con un desgastado vaquero y una camisa estampada con dos coloridas palmeras se volvió hacia Miguel y, con una sonrisa, dijo:

–Bienvenido a bordo, en el recreo nos organizamos.

Cuando sonó el timbre llamando al descanso de la mañana, la clase se vació en pocos segundos. El único que quedó sentado en su silla fue el recién llegado. Notaba sus pies temblando. Hacer amigos no era su fuerte, y menos si con la persona que tenía que hablar era con una chica.

A veces, para no relacionarse con gente, se autoconvencía de que era mejor no hacer amigos. De esa forma, cuando se veía obligado a mudarse por el trabajo de su padre, era menos dolorosa la separación de sus colegas.

–Miguel, ¿no sales al patio? –preguntó el profesor.

–Estaba recogiendo mis cosas –mintió el chico mientras se levantaba de la silla y caminaba hacia la puerta donde Helena Oramas le esperaba junto a otra chica y un chico.

El grupo caminó en silencio hacia las escaleras que conducían a las canchas deportivas del instituto. Los cuatro se sentaron haciendo un corro en el suelo y sacaron el desayuno que habían traído desde casa.

–Supongo que cambiar Madrid por Santa Cruz de Tenerife te habrá costado –comentó Helena mientras desenvolvía la servilleta de su bocadillo.

–No creas, allí mi vida era de casa al instituto y del instituto a casa. Y así ha sido siempre en todos los lugares en los que he vivido desde pequeño –respondió con cierto aire triste Miguel.

–Aquí será diferente –intervino la otra chica del grupo–. Por cierto, me llamo Sara, y este es Luis –señaló con un jugo en la mano al muchacho que estaba sentado junto a ella.

–Encantado de conoceros –fue lo único que alcanzó a decir Miguel. Tenía ganas de preguntar cosas sobre la isla a sus nuevos amigos, pero su miedo o su timidez se lo impedía.

–¿De qué es el trabajo que debemos hacer? –logró preguntar a los pocos segundos.

Helena esperó a terminar de masticar el trozo de bocadillo de pata que se acababa de echar a la boca.

–Es sobre Chaxiraxi.

–¿Sobre Chaxiraxi? –exclamó Miguel desconcertado.

–Sobre Chaxiraxi, o lo que es lo mismo –lo tranquilizó Helena–, la Virgen de Candelaria.

–Ah –respiró aliviado Miguel, que por un momento pensó que la tarea tenía relación con la asignatura de Física y Química. Esa materia nunca le había gustado y tampoco entendía para qué servía conocer tantos nombres raros de elementos que no le iban a ayudar en su vida diaria.

–Quedamos el lunes de Semana Santa en la casa de Helena para hacer el trabajo, ¿te vienes? –le preguntó Sara.

El chico miró en ese momento a Helena, como si le resultara raro que fuera Sara la que lo invitaba y que no lo hiciera directamente la dueña de la casa. Helena comprendió la duda de su nuevo amigo y asintió con la cabeza para confirmar a éste que ella también lo invitaba.

Quedaba ya poco tiempo para que sonara el timbre que ponía fin al recreo. Por esa razón, los chicos intercambiaron con Miguel sus números de teléfono. Helena le comentó al recién llegado que le iba a enviar la ubicación de su casa por *Google* y que lo incluiría en el

grupo de guasap que mantenían entre ellos. Pero si aún así se perdía, o no sabía como llegar a su casa, podían ir a buscarle a la parada de Taco del tranvía.

El viernes de esa semana, al final de la última clase, quedaron en verse el lunes a las 11:00 de la mañana en casa de Helena para empezar el trabajo que les había encomendado el profesor.

Miguel no se imaginaba que no sólo iba a conocer en Tenerife a los que serían sus primeros amigos de verdad, sino que, además, junto a ellos, llegaría a tocar en las mismísimas Puertas del Infierno.